

SEGUNDA PLA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



EL SOL/Rafael Zarza

Con solitaria dignidad

PARA EL POETA *la muerte es la victoria;/ Un viento demoníaco le impulsa por la vida*. Así quiso entender su vida Luis Cernuda, así creó su mito, su leyenda. Es cierto que para el conocimiento de su obra fue su victoria morir. Antes, en España y en el destierro, se le conocía y se le admiraba, pero en muy reducidos círculos. La limpieza, la difícil transparencia de sus primeros libros, le colocaron en un lugar destacado dentro del llamado Grupo del 27. *Perfil del aire* primero, y luego *Égloga*, *Elegía*, *Oda* y *Un río, un amor* son obras para consagrar a un poeta en cualquier país y en cualquier tiempo. Bergamín dijo de la poesía de aquel primer Cernuda que "...poseía el angélico don de la gracia".

Angélico don que no tardaría en convertirse en demoníaco, cuando empezó a saberse que Cernuda era un homosexual confeso, sin paliativos ni justificaciones. Allí empezó a gustar el poeta de su imagen de ángel caído, ultrajado por un mundo que no quiere aceptarle como es, sino como cree que debiera ser. Las críticas elogiosas se convirtieron en silencios elocuentes cuando, en sus publicaciones sucesivas, ya alejado de la congregación de los *normales*, continúa empleando el surrealismo para expresarse. *Los placeres prohibidos* era un desafío, el gesto de un rebelde. Luego ya no va a necesitar del surrealismo para fustigar a la sociedad en que vivía, para aborrecer a España, a la que consideraba "...país decrepito y en descomposición; todo en él me mortificaba e irritaba".

Un renovado romanticismo, una primera influencia de la poesía anglosajona, se aprecian en sus obras siguientes: *Donde habite el olvido*, *El joven indio* e *Innovaciones*. La expresión intimista se acentúa: sigue siendo un poeta, pero también un homosexual, que mantenía su deseo de ver libre y normal, como cuenta Luis Antonio de Villena, una manera de amor oprimido. Asumía su maldición y hacia de ella su bandera.

Estamos en 1936. Cernuda tenía treinta y cuatro años, y era ya un gran poeta. Meses antes de la Guerra Civil aparece toda su obra reunida en un título que ya no iba a dejar, que acrecería con sus posteriores obras: *La realidad y el deseo*. Los enemigos de Luis Cernuda pudieron percatarse de que no les iba a ser fácil acallar su voz, porque este libro no era una despedida, sino un anuncio de continuidad, de proclamación de rebeldía y de desprecio.

La Guerra Civil le llevó, como a tantos miles de españoles, al exilio. Pero para Cernuda no fue exilio, sino destierro. Él gustó de llamarse desterrado, desterrado y rebelde, ya que no revolucionario, si no es como creador, pues siempre le repugnó la política. Lejos de "...esa Madrastra llamada España...", por decirlo con sus palabras, Cernuda siguió acrecentando su obra. Permaneció en Inglaterra hasta 1947, lo cual le permitió ahondar en la poesía anglosajona. Lo que antes había sido influencia temática de esta poesía en su obra —como se nota, por ejemplo, en su *Soliloquio del farero* o en *El joven marino*, se hace ahora aprehensión de un modo de concebir el poema. Cernuda va a enterarse muy pronto de cuál fue la visión de la poesía entendida al modo de los románticos y victorianos ingleses: es la belleza que se posee mediante la experiencia inmediata y personal del

mundo, no como el fruto de una deducción lógica, y mucho menos aún, como una visión únicamente parcial e intimista de la realidad interiorizada, muy común en los poetas españoles de su tiempo, con Juan Ramón Jiménez a la cabeza.

Acierta José Ángel Valente cuando afirma que quizás el único escritor español que tiene cierta relación con Cernuda es Miguel de Unamuno, al que Cernuda apreció por encima de sus contemporáneos, pues ambos parecen empeñados en continuar una tradición romántica o en reinventarla, ya que la nuestra fue escasa o casi inexistente excepción hecha de Bécquer y Larra, y una pequeña parte de Espronceda. Quizás sea el neorromanticismo de Cernuda, en su madurez, el responsable de que la lectura de alguno de sus mejores poemas produzca, a veces, la sensación de algo fuera de tiempo. Gil de Biedma apreciaba este bello anacronismo, que placía a su autor, como también le placía el tono culto y helenístico de alguno de sus temas relacionados con la mitología o el paisaje clásicos: suena a arcaico, a retraducido o, voluntariamente, a decorado teatral del poeta y pintor William Blake.

No ha sido éste el aspecto de Cernuda que ha calado hondo en los mejores poetas de mi tiempo, no, sino el Cernuda de la tersa factura del poema; en tal sentido, es el escritor del 27 que más nos ha enseñado, saltando por encima de otros más cercanos en la edad y en el tiempo. Sin querer ser maestro y sin saberlo, desde su nuevo destierro en EEUU y, finalmente, en México, sus libros y sus ensayos, sus cartas personales, nos han acompañado. Últimamente ya no asomaba en él ni odio ni rencor. Fue envejeciendo de un modo que sería sin duda para él mucho más doloroso que para otros. Su declarado amor por la belleza y armonía de un cuerpo masculino joven le debió lacerar en los días de la decadencia. Dice en *Desolación de la Quimera: Mano de viejo mancha/ el cuerpo juvenil si intenta acariciarlo./ Con solitaria dignidad el viejo debe/ pasar de largo ya junto a la tentación tardía*. Es una aceptación de solitaria dignidad, de renuncia elegante de la caducidad del que ha deseado y ha gozado fuera de las normas que los otros toleran.

Sus últimos libros publicados en América, *Las nubes*, *Como quien espera el alba* y *Vivir sin estar viviendo*, forman, unidos a los anteriores y al ya citado *Desolación de la Quimera*, el libro único de su vida, *La realidad y el deseo* en su edición final, aparecida después de su muerte. Una obra extraordinaria, pulida y acrecentada en cada edición, en cada entrega. Hay que leerlo, dijo Gil Albert, como una experiencia que abarca la vida toda. Nos cuenta el nacimiento, la juventud, la rebeldía, el rechazo, la madurez y la muerte de un artista marcado por el sello del pecado que dicen nefando.

La muerte, que es la victoria para el poeta, no lo es para el hombre, ya que desdibuja y oscurece sus contornos, los reduce a más pequeños límites. La lucha de este *maldito* que fue Luis Cernuda no tiene sentido en la sociedad de hoy, en la que malditos y no malditos —y no sólo en el ámbito sexual— andan intercambiando sus papeles como por simple juego. "No por ser homosexual se es escritor, ni todo escritor debe ser o hacerse pasar por homosexual", escribió Eugenio de Andrade, y lo repitió hace poco en Madrid.